

DIVINA DISCORDIA

—No está en la lista, le digo. ¡No está en la lista, oiga!

Y vi entrar a Éride, vestida en rojo cinabrio, templada por el ocaso del jardín de las Hespérides. Fueron muchos quienes, como yo, olvidaron sus quehaceres para observar los tacones de la diosa apuñalando el suelo, clavándosele en el césped, obligándola a desnudar aquellos pies desenfrenados antes de visitar la mesa de los cónyuges.

—No he podido, no—, comentó mi compañero con los ojos clavados en la lista de invitados.

—No, ni yo, no— balbuceé; mi mirada perdida en aquel trasero etrusco, férreo, contoneándose como marcando el ritmo del deseo primario, confundiéndose entre un tumulto de rostros que quedaban silentes a su paso.

—¿De quién son estos zapatos?— nos preguntó el *maître* del salón nupcial. En derredor, un ágape al aire libre dirigido por un sátiro sátrapa, que prometió pagarnos por ir de aquí a allá repartiendo moscatel y canapés.

—De ese culo—, suspiré embelesado antes de tragarme su cortés reprimenda.

—Olvídate de cobrar las horas extra—, sentenció en voz baja— y lleva esto al guardarropa— ordenó, poniéndome aquella lencería podal sobre la bandeja vacía.

Como un bobo, comencé a andar siguiendo las suaves caderas, la espalda recta, los hombros aerodinámicos de Éride a través de una senda flanqueada por grupos pausados. Aun ensoñando, hipnotizado, nuestras vías terminaron alejándose conforme ella y yo cumplíamos sendos planes. Y así atravesé un mar de atolondrados. Las Monas y las Lisas, frías como los Marcos y los Aurelios, torcían sus cuellos de cisne al paso de una mujer perteneciente a otra esfera de la existencia.

Y pasó frente a Peleo y Tetis, ignorando a los recién casados, sentenciando con su indiferencia que su presencia tenía otro cometido.

—¿Qué pretende?—, se preguntó Hermes.

Como una fruta prohibida, viajó tras una opípara mangifera, árbol cuyo exceso de follaje me ocultaba la escena.

Así que apreté el paso, dejé la bandeja y tomé otra con vino de las eras, y presto me dirigí, como quien no lo pretende pero no puede ocultarlo, a seguir observando tan bulbosas posaderas, deseando que el tiempo me diese para contemplar el espacio que iba de la frente al busto de aquella efigie de la palabra belleza.

Repartí copas entre tirios y troyanos, alcohol para las mentes más débiles, sorbos de gloria para un Proteo que me tiraba los trastos. Hasta que fui testigo un rumor creciente que hizo parar a la orquesta; liras y aulós que se quedaban callados.

—¿Qué pesebre es este?— reprendaba Zeus.

Servicial, llegué al tiempo de entender la algarabía; pues la pérfida Éride había arrojado, sabiendo a lo que jugaba, una manzana dorada sobre los invitados. Hera, esposa del Dios Olímpico, peleaba con sus hijas Afrodita y Atenea. En el fruto estaba inscrito que sería «para la más bella», y los egos de la tríada habían atraído a todos los convidados, a la pareja y los suegros, camareros, cocineros y siervos. De las nupcias no quedaba más que el espectáculo por conocer a la más estética de entre aquellas divas.

Erizado mi vello por el festival carnal que preveía, ojiplático estaba cuando el sátiro me tiró del brazo y derramé las copas sobre los pechos de Disnomia, cubiertos con un lino que se hizo transparente al paso del fermento. La mujer rio con gana ante la sorpresa de los puritanos.

Mas no castigó eso; mi jefe preguntó por qué le había dejado los dichosos zapatos al coctelero. Y miré y allí estaban, sobre la barra, de un rojo pornográfico, en pie con sus tacones junto a otras bandejas llenas de canapés.

—Te enseñaré donde está el guardarropa—, me arrastró el *maître*.

Dejamos el recuerdo de los pies descalzos de Éride con los abrigos de bisón falso y procedimos a romper mi contrato.

Perdido mi trabajo, me obligó a devolver el traje de chaqué y los botines, otorgándome al tiempo el privilegio de visitar el convite una vez más, camino al aparcamiento. Entonces pude ver, entre los dioses curiosos, cómo Hermes había traído al patético Paris, quien tenía la tarea de dirimir la respuesta para las tres divas; de decidir cuál sería de entre todas la más bella.

Ellas cantaban, danzaban, adulaban sobornándole con los senos desnudos, seduciéndolo con promesas de placer y poder mientras Peleo, el novio, con la entropierna bendita por Piro, observaba babeando el desfile de lujuria, rascándose de tanto en tanto cerca de las gónadas, olvidando el arropo de su recién inaugurada esposa Tetis.

—Piénsalo bien—, le decía a Paris el pelele de Peleo.— Piénsalo bien para que me deleite.

Y así trascurrió el resto de la boda. Aquella tarde, que precedió a la Guerra de Troya, nadie más volvió a saber de Éride; salvo yo y otra persona.

Meditaba en torno al azar que había prendido mi destino y los designios del evento, recreándome en el despiste ocioso que me produjo más placer que el negocio enfocado, buscando las llaves del Seat Ibiza en un saquillo pendido al cinto que sujetaba mi túnica, cuando noté que otro de los coches del aparcamiento se mecía alante y atrás, impulsado por un vaivén violento; sacudidas de euforia encerradas en un sarcófago mecánico.

Como buen mediocre, no pude evitar arrimarme a tientas, rodear el vehículo con los cristales empañados, afinar el oído hasta escuchar los gemidos de distintas féminas, congelarme calenturiento y ser descubierto por la ventanilla que bajaba.

Allí yacían la novia y Éride, desnudas, jugando con las manos a explorar sus sexos, mientras yo agradecía al infortunio tamaña perspectiva de la naturaleza, del desapego divino, de mis pasiones humanas.

—¡Divina Discordia!— exclamé, y me invitaron al juego.